

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 3 de Agosto de 1863.

Núm. 29.

SUMARIO.

Revista de la semana, por X.—Medicina social, por E.—El príncipe Don Carlos, boceto histórico, por M. Juderías.—A Colon, romance, por N. Campillo.—Viaje al Japón, traducción, por L. Escudero.—Las tres manzanas de oro, novela, por Nathaniel Hawthorne, traducción de M. Juderías.—Anuncios.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

Cada día se desvanecen mas y mas las esperanzas que habíamos concebido sobre la pronta y completa pacificación de los disturbios que en la actualidad conmueven el reino de Polonia. Cada día tambien, esta cuestión, que hoy anda en boca de todos, va tomando cierto carácter é incremento que darán por último resultado una guerra europea.

Rusia, parece como que la provoca, y hasta deja entender que no la teme, negándose, como se ha negado hasta ahora, de un modo absoluto á entrar en negociaciones de ningún género hasta tanto que el orden y el respeto á la autoridad se hayan restablecido en Polonia. En nuestro concepto, y á la altura á que han llegado las cosas, los medios diplomáticos en que todos confiábamos para que se pudiese un límite á la efusion de sangre y se conjurasen de este modo los graves y próximos trastornos que amenazan á Europa, serán de todo punto inútiles en lo sucesivo. Sensible es por cierto que la política se vea en la triste necesidad de recurrir á las armas para hacer que triunfe un sentimiento que debiera ser espontáneo; mas la situación del pueblo héroe y mártir así lo exige; los enemigos de su independencia y de su religion se entregan cada día á nuevas y sangrientas crueldades: nada respetan, atropellan por todo, y con harta frecuencia unen el deshonor y la tortura al asesinato, al pillaje y al incendio.

La cuestión de Polonia, no es solamente religiosa y política, sino que lo es tambien de humanidad.

En Inglaterra la opinión pública se manifiesta hostil al gobierno ruso y declara por medio de sus órganos mas autorizados en la prensa y en la tribuna, que este ha perdido los derechos que tenia sobre el pueblo á quien hoy esclaviza. Condena todas las negociaciones que se entablen con Rusia, como no tengan por base la conclusion de las hostilidades, la evacuacion de Polonia por las tropas del Czar, y el establecimiento de un estado separado é independiente. Y por último, en un meeting celebrado en San James-Hall, en favor de los polacos, se ha dicho que el pueblo inglés aceptará con gusto la responsabilidad de una intervencion armada, y soportará contento los sacrificios que exija la guerra.

En Francia todo el mundo se ocupa de trazar planes de campaña: los unos creen que aquella nacion irá á Polonia atravesando la Alemania, es decir, que arrojará el guante no solamente á la Rusia, sino tambien á la Prusia; otros afirman que la guerra tomará un carácter local circunscrito,

to, y que el gobierno francés se limitará á mandar á Polonia diez ó doce mil hombres. Tambien se asegura que Francia ha dirigido un enérgico despacho al gabinete de Viena, solicitando la alianza del Austria para la eventualidad de un rompimiento.

Por su parte el gobierno austriaco se muestra sumamente descontento con el contenido del último despacho ruso relativo á Polonia, y se prepara á la guerra.

Acerca de la manera de cómo esta ha de llevarse á cabo, circulan distintas versiones: unos dicen que se hará por Odessa y el mar Negro; pretenden otros que no se invadirá el territorio ruso, pero que una escuadra anglo-francesa bloqueará el Báltico, y un cuerpo austriaco guardará las fronteras de Galitzia; otros, en fin, dicen que Francia adquirirá las provincias alemanas del Rin, confinantes con ella; que los ingleses destruirán la flota rusa, y que el Austria incorporará á su territorio algunas provincias hoy sujetas al Sultan.

Todo esto y mucho mas que nosotros ignoramos debe haber llegado á oídos de Alejandro II, puesto que ha dado orden de poner en pie de guerra y de reforzar con tropas de artillería los puntos estratégicos y las fortalezas polacas, entre ellas las de Kertch, Nicolawiec, Dunamunda, Wiborg y Schweaborg: ademas quince mil hombres trabajan dia y noche en las fortificaciones de Cronstad, que el mismo Alejandro visitará muy en breve.

Y ya que del emperador Alejandro hablamos, bueno será referir un episodio muy curioso de y actualidad, como suele decirse. Recorriendo hace algun tiempo el interior de su imperio, llegó el Czar á una aldea habitada en su mayor parte por israelitas, los cuales le recibieron como fieles y respetuosos súbditos. Un anciano, cuya blanquísima barba se prolongaba hasta la cintura, y cuyo pecho se hallaba adornado con una condecoracion militar, se atrajo desde luego la atención de Alejandro. Informóse este del nombre de aquel anciano, y supo que se llamaba Oelblatt, que habia sido soldado y que se le consideraba entre sus correligionarios poco menos que como á un santo. Rechazaba toda clase de alimento animal, y no se sustentaba desde hacia cincuenta años mas que de pan, cebollas y un poco de té. Llamóle el emperador á su lado y le preguntó dónde habia ganado la condecoracion: Oelblatt respondió que se la habia concedido Souvaroff.—¿Has sido herido alguna vez? le preguntó el Czar.—El espíritu del mal no tiene poder sobre mí: he permanecido con frecuencia en el puesto mas peligroso, y las balas del enemigo no me han tocado á un cabello siquiera. El emperador se sonrió.—Me han dicho que predices el porvenir: ¿reinaré yo mucho tiempo, seré feliz? —No reinarás tanto tiempo como tu padre; pero morirás mas dichoso que él. Tu padre lo fué hasta el momento que el fatal golpe de una mala noticia destrozó su corazón. Ya sufrirás muchos tormentos en la vida, pero tu fin no será desgraciado.

El emperador se puso serio:—Esplicatè con claridad! exclamó.—Antes de un año, prosiguió el misterioso viejo, tu imperio se asemejará á un mar de fuego; vanos serán tus esfuerzos para extinguirlo. Tres potencias te harán la guerra; pero eso no te abatirá. Lo que te ha de apesadumbrar mas que nada, será ver levantarse contra tí á tus pueblos.

Después de permanecer algún tiempo silencioso y absorto en sus reflexiones, el emperador añadió:—Si dices verdad, preséntame una prueba de la realidad de tus predicciones.—El hombre no debe probar á Dios, dijo el anciano; pero para que reconozcas la veracidad de mis palabras, escucha: dentro de una hora llegará un mensajero apresuradamente, con objeto de anunciarte que se ha perpetrado una tentativa de asesinato contra uno de tus mas celosos servidores, y que felizmente no ha tenido consecuencia. No le des fé: el asesinato no se ha cometido, y ese relato solo se ha inventado para escitarte contra tus súbditos.

El Czar despidió al anciano. Serian entonces las once de la mañana. A las doce en punto llegó un mensajero con la noticia de que se había atentado contra la vida de Wjelo-polski.—¿Cómo sabré la verdad? exclamó Alejandro; condució otra vez á mi presencia á ese viejo israelita.

Todo fué en vano. Durante la hora que acababa de transcurrir el anciano había sucumbido á un ataque apoplético, y el enviado del Czar solo encontró un cadáver.

En los Estados-Unidos continúan con gran encarnizamiento las luchas entre federales y confederados. Dícese que ha habido una sangrienta batalla cuyo resultado se ignora todavía. En Sicilia continúa reinando gran agitación. Una partida borbónica procedente de Malta, saltó en tierra en la isla Pantillaría y mató á los soldados que la guardaban. El número de los prófugos es considerable y estos ocasionan frecuentes disturbios. La opinion pública está muy alarmada y el régimen aplicado á la isla no parece responder á las necesidades de sus habitantes. La Grecia continúa en el mas deplorable estado.

Respecto á noticias del interior, nada podemos añadir á lo que dijimos en nuestra última revista.

Segun nos aseguran de San Ildefonso, parece que unos de estos dias se pondrá á la firma de S. M. el decreto de disolución de Cortes. Los partidos políticos se aprestan al combate electoral, y este será tan reñido, si hemos de creer á la prensa, como las luchas entre Centauros y Lápidas, Atenienses y Lacedemonios, Israelitas y Filisteos, Romanos y Cartagineses, y... protestantes y calúlicos; ¡ojalá que la mayoría del país permanezca tan impassible en el gran combate que se prepara, como el que escribe estas líneas!

¿Acaso, cualquiera que sea el partido que nos gobierne, no mirará por el engrandecimiento y prosperidad de España?...

En las provincias reina completa tranquilidad, no obstante lo que se ha dicho por varios periódicos nacionales y extranjeros, de que en algunas de ellas se había turbado el orden. Estos rumores no tienen á nuestro entender otro fundamento, que el de haberse recibido un telegrama con la noticia alarmante de que en las provincias á que se alude había subido el calor á cuarenta y tantos grados.

La falta de espacio y de tiempo no nos permite por hoy el ocuparnos de asuntos puramente locales y de espectáculos. En la próxima revista lo haremos con alguna estension.

N....

MEDICINA SOCIAL.

Los grandes seres colectivos, que se llaman sociedades, están sujetos como los pequeños seres individuales, llamados hombres, á todos los achaques y padecimientos que son anexos á la misera humanidad.

Durante su infancia, suelen ser atacados de erupciones generales de superstición y fanatismo, y á veces mueren ahogados por esa terrible epidemia de los niños, nombrada vulgarmente *garrotillo*, y cuyo nombre técnico social es *fi-rania*. En la edad viril, contraen con frecuencia fiebres malignas de ambición, y sufren crisis nerviosas de conquista ó violentos accidentes de guerra. Ya en su vejez, padecen desfallecimiento de patriotismo, disenteria de inmoralidad, y usina crónica de anarquía.

En su estado normal, aparecen grandes higienistas y sábios médicos, que ayudan á su desarrollo y mantienen su salud durante siglos enteros. Moisés fué el Hipócrates del pueblo judío; Solon el Galeno de la nación griega; Licurgo fué un cirujano; Dracon un sangrador; Justiniano un teórico; Mahoma un práctico. Pero cuando suena su hora suprema, vanos son los remedios heróicos ni los médicos ilustres. Alejandro recetó inútilmente copiosas sangrias á un enfermo que moría de plétora; Augusto prolongó penosamente la vida de Roma con una aplicación de sanguijuelas llamadas Césares; Constantino dispuso una infulbulación saludable, pero ya insuficiente para aquel cuerpo corrompido. Los bárbaros, admirables empíricos, aplicaron la piedra infernal y el nitrato de hierro; Carlo-Magno, como después Carlos V, se valió de revulsivos; Maquiavelo, práctico sublime, inventó los cáusticos; y Napoleon proclamó la homeopatía, y combatió la revolución en el cuerpo con la revolución en la cabeza; la democracia popular con la democracia imperial. Ha habido y hay muchos que usan calmantes, cataplasmas y emplastos; todos prescriben las dietas denominadas contribuciones y empréstitos.

Hay otras enfermedades que son comunes á todos los periodos de la vida, pero que generalmente se presentan en el último, como la pulmonía motin, la apoplejía pronuncia-miento, y la congestión cerebral insurrección. La revolución no es una enfermedad, sino una crisis, que puede ser funesta ó salvadora. En aquellos graves casos, los remedios que recomienda la terapéutica social son expuestísimos y peligrosos, mas aun para el médico que para el enfermo: los tuidos aplican programas; los audaces metrala.

Hay además epidemias, que caracterizan á una época; por ejemplo, la viruela de la empleomanía, el tifus de la ambición, el cólera del militarismo, y el vómito negro de la pseudo-filosofía; y hay, por fin, grandes pestes que devastan una zona entera, y duran largos siglos: en el XVI apareció una lepra llamada reforma, y en el XVIII un bubon denominado enciclopedia.

Pero dejando aparte los grandes padecimientos que destruyen el organismo social, y que por desgracia son punto menos que incurables, fijémonos en esas ligeras afecciones locales que molestan los miembros de nuestra sociedad, y sobre todo en las que tienen asiento en su cabeza, la insigne villa del oso y del madroño.

El remedio de estos pequeños males se encuentra mas bien en la higiene que se llama policía, que en la terapéutica que se llama legislación.

No há muchos días que el primer médico de cámara de la villa coronada corrigió eficazmente un desarreglo endémico de cuyo nombre no quiero acordarme. Era el caso que todos los portales, esquinas y rincones, sufrían perpetuamente la especie de afrenta de que se queja Priapo en la sátira de Horacio. Madrid, que cuando llueve es un mar Negro, á pesar de la sequedad del tiempo estaba convertido en un lago Asfaltites: sus aguas corrompidas obligaban á las púdicas y prolongadas faldas del bello sexo á dar grandes rodeos y describir perpétuas curvas por las infestadas costas, si no querían llevar á sus moradas algo, y aun algo, que *no oltera á imbar*. Recetóse un purgante de bolsillo que ha producido efectos maravillosos.

Y á propósito del Asfaltites, recordamos que dos antiguos historiadores, Tácito y Josefo, refieren que en las orillas del pestilente lago que cubrió los nefandos Inpanares de

Sodoma y Gomorra, nacen unas manzanas (oriundas seguramente de aquella que nos perdió á todos) de hermoso aspecto esterior, de colores frescos y sonrosados, pero de sabor amarguísimo, y en cuyo interior solo se contenía ceniza y podredumbre. Ahora bien, en el Asfaltites madrileño tambien se producen esas asquerosas manzanas: ¿por qué, ya que se ha desecado el lago, no se destierra de los sitios públicos esa triste y repugnante vejetación del vicio y de la miseria? Escóndase, ya que no puede estirparse, esa gangrena social. Si se ha prohibido manchar las esquinas, ¿cuánto mas justo es impedir que se manche el pudor y la vergüenza pública!

Madrid padece de renma por el sistema de riego, de callos por la calidad del empedrado, de contusiones en la cabeza por los toldos de las tiendas, de esquinosis en las piernas por los mirinaques de acero, de mal de ojos por las puntas de los paraguas. Sobre todo padece dislocaciones, roturas, fracturas, amputaciones, mutilaciones, destrozos, brutalidades y atropellos por esos elevados seres llamados cocheros, automedontes astures, soberanos de pescante, vándalos con librea, verdúgos de los irracionales que en todos conceptos van delante de ellos, y de los racionales que tienen la desgracia de atravesarse en su camino. Los cocheros son la plaga mas temible de Madrid, donde hay tantas plagas y mas graves que las de Egipto; y la tal plaga (de la cual nos ocuparemos otro dia con mayor espacio y detenimiento) es tan antigua, que se encuentran vestigios de su existencia en documentos auténticos del siglo XVII. Ya el gran poeta filósofo D. Juan de Alarcón, en su bellissima comedia intitulada *Los Favores del mundo*, se queja de aquella calamidad que afligia á la corte de los Felipes, diciendo entre otras cosas lo siguiente:

HERNANDO (*gracioso*).—¿Quién sufre á un cochero exento (1),
cuya lanza cocheril,
mata mas entre cristianos,
que entre mores la del Cid?

Poco mas arriba dice:

HERNANDO.—Hermosas casas.

D. GARCIA.— Lucidas.

HERNANDO.—Son muy caras.

D. GARCIA.— Pero bellas.

HERNANDO.—Aquí las mujeres y ellas
son en todo parecidas.

Ha aquí una triple crítica de los caseros, de los cocheros y de las mujeres. Los primeros atropellan nuestro bolsillo, los segundos nuestro cuerpo, las últimas nuestra alma. La avaricia de los caseros y la barbarie de los cocheros no se remontan, que sepamos, mas allá del siglo XVII; los desmanes de las hembras comienzan en el Paraíso. Para aquellos pedimos á gritó herido una ley de inquilinatos y una paliza correccional. Para los atropellos femeniles, si son de esos que no hieren la honra, demandamos prudencia, tolerancia y amor.

E..

EL PRINCIPE D. CARLOS.

BOCETO HISTÓRICO.

En Valladolid, á 8 de julio de 1545, nació este desventurado príncipe de D. Felipe II y doña Juana de Portugal, que murió á poco de haberle dado á luz.

Faltóle, pues, á D. Carlos el *calor de la madre*, y puede tambien decirse el amor del padre, porque este, ora en los Países-Bajos, ora en Inglaterra, no le tuvo á su lado hasta la edad de 14 años.

Era D. Carlos de naturaleza débil, y su tía doña Felipa, á cuyo cargo quedó, cuidaba mas de robustecer su cuerpo que su ingenio, y sus mayores caprichos fueron leyes para ella.

(1) Los de nuestros días todos están exentos de tener sentido común.

Llegado que hubo á la edad conveniente, se confió su educación á Honorato Juan, hombre piadoso y sábio; pero quedaron sin fruto sus lecciones. Carlos era desaplicado, brusco, iracundo, é irrespetuoso hasta con su padre y abuelo.

No contribuía poco á su desapacible carácter la cruel dolencia que por entonces comenzó á aquejarle, y que no le abandonó sino con la vida.

Mezcladas con sus defectos tenia Carlos algunas buenas cualidades, pues era generoso, poco afecto á frivolidades y oportuno de palabras, hasta el punto de que, dice un contemporáneo, si se reuniesen todas, se llenaría un libro.

Conforme á los preliminares del tratado de Chateaubrian-Cambresis se habia designado para esposa de D. Carlos á Isabel de Valois; pero como por aquel tiempo acaeciese la muerte de María Tudor, segunda mujer de Felipe, á instancia de los diplomáticos franceses, se substituyó el nombre de su hijo con el suyo.

Doña Isabel entró en España, y contrajo matrimonio en Toledo á 2 de febrero de 1560. Veinte dias despues fué jurado el príncipe.

Muchos escritores han tomado pretexto de la sustitucion de nombres espresada para forjar una tragedia en el alcázar de Felipe. Pretenden que doña Isabel amó al príncipe de Asturias, y que Felipe sacrificó entrambos á su venganza.

La falsedad de estas suposiciones está probada por la historia. Isabel y Carlos fueron dos hermanos en sus relaciones: Isabel afectuosa y compasiva para Carlos, y este agradecido y respetuoso para Isabel.

En el otoño de 1561, creyendo Felipe que la mudanza de aires aprovecharia á su hijo, y, tal vez tambien con el fin de alejarlo de la corte, donde, á pesar de sus consejos y reprensiones llevaba una vida disipada, le mandó á la inmediata ciudad de Alcalá de Henares, acompañado de dos jóvenes que mas tarde habian de dar muchas glorias á España: D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio.

Si hemos de dar crédito á un escritor de aquel tiempo, el príncipe continuó sus extravagancias en Alcalá, siendo una de estas causa, tal vez, de su futura ruina y temprana muerte.

Parece que S. A. habia dado una cita á la hija del jardinero de las casas en que vivia, y que al acudir á ella, como tuviese que bajar por una escalera escusada y no muy sana, al llegar á los últimos pasos le falló esta á los piés y dió de cabeza en el suelo.

No faltaron las medicinas, pero si el acierto, cuando á poco fué S. A. acometido de una erisipela, abultándosele extraordinariamente la cabeza, y perdiendo despues la razon. Sonotióronlo entonces á la terrible operacion del Irépano; pero el príncipe no recobró la salud, al menos aparentemente, hasta que se le envolvió la cabeza con el paño que cubria la calavera de un franciscano que despues fué canonizado, y se le conoce por San Diego de Alcalá. Esta curacion se tuvo á milagro por unos, y por el Dr. Morales á efecto de sus remedios.

De aquella fecha datan, lo que, sin temor, llamaremos locuras de D. Carlos. Nada tiene de extraño que sus éscesos, unidos á alguna lesion que pudo causarle su caída en el cerebro, le produjese esa insania de juicio de que dió tantas pruebas en el resto de su vida.

Bueno será tambien tener presente que era biznieto de doña Juana la Loca.

Cobró á su padre un aborrecimiento sin límites; todos

sus actos los censuraba con la pasión propia de su estado; hizo extensiva su enemistad á los cortesanos, y solo continuó distinguiendo con su confianza á doña Isabel y á don Juan de Austria.

Refieren que habiéndose mandado hacer unas botas en cuya campana pudiese acomodarse un par de pistolas, y traídaselas el zapatero sin el vuelo necesario, después de maltratarlo, mandó prepararlas en la cocina y lo obligó á comer de ellas.

Otra vez parece que hubo de necesitar dinero y recurrió á un comerciante para que se lo facilitara. Este, además de servirlo, tuvo la desgracia de decir que cuanto tenía estaba á su disposición, cosa muy natural y sencilla y que no pasaba de ser un acto de cortesía. No lo creyó así S. A. y mandó que en el acto le aprontase cien mil ducados. Grimaldo, que así se llamaba el prestamista, juró que no podía dar aquella suma; pero todo fué en vano. D. Carlos se exasperó; y tuvo que terciar el príncipe de Eboli, convenciendo á Grimaldo para que facilitase sesenta mil.

Allá por los años de 1565, la madre de Isabel y esta misma deseaban el matrimonio de D. Carlos con su hija y hermana; pero su padre, que mejor que otros, conocía el estado triste en que se hallaba, aparentó, tal vez, preferir á doña Juana de Austria; pero siempre aplazando el proyecto.

Hallábase, entonces, la revolución de los Países-Bajos en su principio; y con motivo de la estancia en Madrid de los enviados flamencos, que habían llegado para esponer á Felipe al estado de los ánimos en su país, no faltan historiadores que afirman haberse hecho á D. Carlos proposiciones por ellos para que fuera á ponerse al frente de las provincias descontentas. Si las proposiciones se hicieron es dudoso; pero no que el príncipe deseara trasladarse á Flandes, y que cuando el duque de Alba, nombrado gobernador, fué á despedirse de él, se arrebató hasta el punto de quererle matar con su puñal, teniendo Alba que ponerse en defensa.

Entonces trató de fugarse de España; si bien se ignora el punto á que quiso ir; pero es probable que, si la idea de gobernar los Países-Bajos no la había abandonado, ese fuera el fin de su viaje. Allegó fondos, y ya todo dispuesto á su parecer, pidió ocho caballos al administrador de la casa de postas, quien al excusarse diciendo que no los tenía disponibles, avisó á Felipe que se hallaba en el Escorial.

Esto sucedió el 17 de enero de 1568.

No era este aviso el más desagradable que de su hijo recibía Felipe en aquellos días.

Según práctica de los reyes de España, el día 28 de diciembre, fiesta de los Inocentes, debía congregar en público toda la familia del monarca.

Fué D. Carlos la víspera á confesarse y se acusó de estar en ánimo de asesinar á un hombre.

Nególe, naturalmente, el sacerdote la absolución. Recurrió á otros, y con todos le aconteció lo propio.

Fuerza era congregar al día siguiente; de no hacerlo habría sido un escándalo; y Carlos hostigado por la necesidad de salir del paso, declaró que «la persona con quien estaba mal y á quien quería matar era su padre.»

Esta noticia llegó á Felipe inmediatamente.

Mandó entonces hacer rogativas para que el Señor lo iluminase en un negocio muy grave.

El 18 de enero llegó á Madrid, sin duda á consecuencia del aviso del director de postas; pero nadie pudo traslucir en su rostro el golpe que iba á dar.

A las once de la noche llamó al duque de Feria, cuatro señores de la servidumbre y doce monteros. Púsose una cota de malla bajo el vestido, y se encaminó, seguido de todos, al departamento del príncipe de Asturias.

Este dormía en su cámara, rodeado de armas blancas y de fuego, costumbre ya en él antigua, y frecuente en personas faltas de juicio.

Entró primero el de Feria, sin hacer ruido, y quitó del alcance de D. Carlos las armas. Hecho esto pasaron todos.

Despertóse entonces D. Carlos sobresaltado y preguntó, saltando de la cama: ¿Quién vá?

El Consejo de Estado, le respondió una voz.

Buscó sus armas para lanzarse sobre los que acompañaban á su padre, y reparando en él, ¿qué me quiere V. M. le dijo.

Ahora lo sabréis; y volviéndose á los monteros les mandó cerrar puertas y ventanas, y quitar cuanto objeto pudiera servir á S. A. contra sí mismo y los demás.

Duque, dijo Felipe al de Feria, quedáis encargado del príncipe; cuidadle bien; y vosotros, añadió dirigiéndose á los demás, cuidad de S. A. con todo respeto; pero no ejecutéis ninguna de sus órdenes sin prevenirme primero.

Lo cual oído por Carlos, comenzó á gritar desaforadamente. Mátame V. M. y no me prenda, que será tu escándalo. Si V. M. no me mata me mataré yo mismo.

No hagáis tal, que será cosa de loco, le replicó Felipe.

De loco no, sino de desesperado, dijo el príncipe, y se dió á llorar como un niño.

Dieron la guardia aquella noche Feria, Lerma y Mendoza; pero sin espadas.

El 19 convocó el rey el Consejo, le dió cuenta del hecho, y seguidamente principió una información, que en mí sentir no debe darse otro nombre á lo que se hizo, si bien algunos pretenden que fué una *causa*, en la cual se le sentenció á muerte. Lo verosímil parece que, penetrado Felipe de la incapacidad de su hijo para reinar, y convencido de la necesidad de ponerlo á buen recaudo para evitar mayores males, quiso, de acuerdo con el Consejo, desheredarlo del trono.

En la carta que, con motivo de la prisión, dirigió á su tía, dice Felipe:

«El fundamento de esta mi determinación no depende de culpa ni inobediencia, ni desacato, ni es enderezada á castigo, que aunque para esto había suficiente materia, pudiera tener su tiempo y su término; ni tampoco lo he tomado por medio, teniendo esperanza que por este camino se reformarían sus excesos y desórdenes. Tiene este negocio otro principio y raíz, cuyo remedio no consiste en tiempo ni en medios, y que es de mayor importancia y consideración para satisfacer yo á la dicha obligación que tengo á Dios y á los dichos mis reinos.»

Suficientemente explícito está Felipe en esta carta, y además de acuerdo con su conducta anterior.

Felipe sufre los desórdenes de su hijo; pero cuando ya el estado de su cabeza y las determinaciones desalinadas que toma le hacen convencerse de la insanidad de su juicio, lo aparta para siempre de la corte y lo relega á las cuatro paredes de una torre para que allí pase el resto de su desgraciada vida. No es el temor de morir á manos de su hijo el que le hace obrar así, porque para evitar esto le sobaban medios sin apelar á tanto rigor. Felipe temió, tal vez, que su hijo, en el estado en que se hallaba, sirviese en su reinado como Doña Juana en el de su padre Carlos V.

de bandera para disturbios y revoluciones; ya se ha visto anteriormente lo que preocupaba á la infeliz cabeza de Carlos el estado de Flandes.

Ese era un aviso.

Ademas, ¿se habian de confiar las riendas de la mas vasta monarquía del universo á las manos de otro Faetonte?

Estuvo D. Carlos durante los primeros dias de su prision, como furioso; luego cayó en una languidez extraordinaria.

Permanecía horas enteras sin mas ropas que las que la decencia de sus guardias le hacia tomar; mandaba regar copiosa y frecuentemente su cuarto, y se paseaba despues por él descalzo y sin medias; guardaba dos ó tres dias una dieta rigurosa, y al cabo de ellos devoraba un pastel de pichones y se bebía cuatro ó cinco vasos de agua de hielo.

La repeticion de estos excesos acabó su ruina.

Su médico anunció á Felipe el fin próximo del infortunado príncipe.

Las intermitentes biliosas que, desde casi su niñez, le habian atormentado, ahora le consumian como un fuego.

Anunciósele lo grave de su estado; y comprendiendo que no tenía momento que perder, mandó llamar á su confesor para que le asistiese. Algunos han pretendido, sin embargo, que D. Carlos era protestante.

¿Qué no se ha dicho de este infeliz!

Cumplió con los deberes de cristiano; y como no podia comulgar, á causa de los vómitos frecuentes que le acometian, adoró la sagrada forma con muestras de sincera devocion.

Entonces dijo «que aun le quedaban cuatro dias de miseria,» porque no moriría hasta la víspera de Santiago.

En efecto, al comenzar esta, pidió un cirio que tomó en una mano, y dándose débiles golpes en el pecho con la otra, espiró.

Era en la madrugada del 25 de julio de 1568.

Conforme á sus deseos, le enterraron en Santo Domingo el Real; pero en 1575 se trasladaron sus despojos al panteon de los Reyes, en San Lorenzo.

Tal fué la vida y muerte del heredero de la mas vasta monarquía de Europa.

El astro de Carlos V. y Felipe II habia pasado ya el meridiano y comenzaba á descender rápidamente.

MARIANO JUDERIAS.

COLON.

ROMANCE (1).

Esa grandiosa edad media,
mil y mil veces bendita,
que edad de barbarie y sombras
el ignorante apellida.
en el reloj de los tiempos
su hora postrera leía.
Pasaba cual ancho rio
si á los mares se acerca,
despues que con crespas ondas
fertilizó la campiña.
Comó tempestad pasaba
que los aires purifica,

(1) Forma parte de la coleccion inédita que el autor tiene escrita sobre el descubrimiento de América; asunto el mas épico de nuestra historia.

y el árido suelo deja

la errante y fértil semilla.

Ella dejó en esos pueblos
que ciegos hoy la denigran,
espíritu independiente,
virtud, libertad y vida.

Levantó sus sacros templos,
pintó sus muros y ojivas,
rompió la dura cadena
que á los siervos oprimia.

Su inteligencia sublime,
siempre audaz, nunca vencida,
perpetuó con la imprenta
la palabra fugitiva.

Inventó el cristal luciente
do la hermosura se admira,
y tiene ya mas encantos,
y es mas dulce su sonrisa.

Cristal que el sábio elabora
y le dá fuerza infinita,
y descubre nuevos astros
que en anchos espacios giran.

Esa edad vé al hombre débil
y la pólvora le brinda;
y el hombre ya vigoroso,
con explosion repentina,

lanza rayos como el cielo,
las montañas pulveriza.

Y esa edad, que otros desprecian,
la mar borrascosa mira,
contempla los horizontes
llenos de nubes sombrías;

oye al triste navegante
llorar su estrella perdida,
vagando con rumbo incierto,
sin luz, sin valor, sin guía;

y piadosa y creadora
con voz pujante le grita:

«No llores la muerta lumbre,
«no inclines la frente altiva,

«avanza; que ya tu estrella
«de nuevo por siempre brilla:
«vá contigo: vá en tu nave,
«á tu voluntad rendida.»

Dice: el navegante adora
la brújula que le envía;
era esclavó.... y como dueño
golfos y mares domina.

Si antes columbraba apenas,
entre las brumas perdidas,
allá en las aguas distantes
risueñas y azules islas,

ya en ellas graba su planta,
ya en ellas su pendon fija.

Dobla el límite africano
que de horror le estremecía,
y halla sus palmas de triunfo
en los bosques de la India.

Mas aun el torvo Oceano
su gran secreto encubria;
aun la América fragante
sola está, sola y dormida,
oyendo dulces conciertos

de sus aves y sus brisas.
 ¡América! Hermosa virgen,
 templo del sol que te admira,
 la de las noches serenas,
 la de los brillantes días!
 Duermes, y que te den su sombra
 mangos, plátanos y piñas;
 tu despertar será triste...
 muy triste, virgen sencilla!
 Mientras yaces blandamente
 en el ocio sumergida,
 la eterna ley del progreso
 desde la Europa te grita,
 y el genio con alma osada
 te concibe y te adivina.
 Ese genio poderoso
 es Colón: la gente altiva
 que se atreverá á seguirle,
 son los hijos de Castilla.
 Es Colón, el héroe ilustre
 de la edad media termina,
 gloriosa en descubrimientos,
 en agitacion y vida:
 es la gran figura donde
 la edad moderna principia.
 ¡Coloso entre dos edades,
 que dos historias domina,
 cual gigantesca montaña
 entre dos mares erguida!
 Su empresa es la que yo canto,
 su virtud la que me anima;
 para lo bello y lo grande
 nació la sonante lira:
 y... ¡ojalá que en altos himnos
 pudiese vibrar la mía!

NARCISO CAMPILLO.

VIAJE AL JAPON.

TRADUCIDO POR L. ESCOBERO.

(Continuacion.)

La bajada duró algun tiempo, mas el panorama era tan bello, que aquel nos pareció muy corto. En breve llegamos á una gran villa, cuyos moradores se veían agrupados y parecian sernos hostiles; en el momento en que fuimos vistos por ellos, acogiéronnos con terribles vociferaciones, y gracias á la proteccion de un yacón, pudimos salir de aquella situacion peligrosa, basando un simple signo de aquel para imponer silencio á la turba, que no se atrevió en lo sucesivo á pronunciar una sola palabra, no obstante que se contaban por centenar. En honor de la verdad, la policia japonesa es perfecta, y este solo hecho basta para probarlo.

Bien entrada la noche, llegamos á Nara, ciudad que ningún europeo ha visitado antes que nosotros, á no ser en tiempo de los portugueses. Es una ciudad antigua, elegante y pintoresca, con una hermosa plaza de madera y un templo. Una particularidad curiosa nos llama la atención, y fué el número de gansos que circulaban en las calles, y que sin el mas pequeño temor de ser apresados, parecian gozar de los mismos privilegios que las cigüeñas de nuestra patria. El patio de la hosteria donde nos detuvimos, estaba adornado de balcones que formaban un círculo alrededor del edificio, hallándose unidos entre sí por puentes echados en el espacio. Y se murmurar un arroyo que descendía de un monte inmediato, y se escuchaba el ruido al escuchar aquel agradable rumor.

Mas allá de Nara encontramos unas montañas, en las

que viajábamos bajo árboles y en medio de una vegetación florida y balsamada; llegamos á un pequeño valle en el fondo del cual corría un arroyo, y que nos pareció un valle del Rhin; cuando dimos vista á Cassangi, la ilusión era completa; una ribera ó mas bien un torrente, corría con estrépito por entre las rocas, en cuyos flancos se hallaba pegada la ciudad. Descansamos durante las horas de gran calor, y despues nos pusimos en camino siguiendo la orilla de la ribera, y marchando por entre plantaciones de thé que crecían cerca del agua y sobre las rocas.

Entramos en Serangi, y nos acostamos oyendo murmurar el agua de una cascada inmediata. Cuando nos despertamos, el paisaje habia cambiado de aspecto enteramente; el sol aun no habia aparecido, y las nieblas de la mañana cubrían los valles. Atravesamos en chalupas una deliciosa ribera, y nos hallamos en aquella comarca privilegiada, cuya poblacion dulce y graciosa nos hizo la mas afectuosa acogida; mas apenas el sol hubo iluminado las montañas, cuando el pais se reveló á nuestros ojos bajo un nuevo aspecto. Apercibimos las alturas cubiertas de pinos, cortadas por sinuosidades donde se cultivaba el arroz á orillas de hirvientes manantiales. Parados en lo alto de una montaña, vimos estendida á nuestros piés una llanura en la que se levantaba una gran ciudad cercada de arrabales. Entramos en ella, notando que todas las casas se hallaban cerradas. Por fuera no se veían mas que agentes de policia, cuyos bastones nos parecieron varitas mágicas que habian encantado la ciudad, transformándola á nuestro paso en un desierto. Tan lejos como podia alcanzar la vista en la perspectiva de la calle sin fin en que nos encontramos, apenas apercibimos á dos ó tres seres humanos, atestiguando con su presencia que la vida no habia abandonado por completo aquellos lugares. Todas las casas estaban entoldadas con telas de algodón negras y azules, á fin de ocultar á los habitantes de nuestras miradas. Atravesamos animosamente esta ciudad, en la que nuestra presencia causaba tan viva emocion; y, despues de haber recorrido una treintena de millas, bajo un sol abrasador, buscamos un abrigo donde reposar.

Oíase á lo lejos el sordo rumor del trueno; el cielo estaba cubierto de nubes, y el huracan parecia inminente. Habíamos penetrado en una garganta formada por rocas abiertas, y en la cual brotaban numerosas vegetaciones. En fin, el trueno estalló sobre nuestras cabezas, el huracan se desencadenó, cayó el agua á torrentes, y el viento añadió con sus rugidos mas horror á esta escena salvaje.

Cuando salimos del lugar que nos servia de refugio, el sol brillaba nuevamente y se descubrían en el espacio los hermosos colores del arco-iris. Atravesamos un pueblecito, y dimos vista á un palacio del Daimio, cuyas murallas ciclópeas y puerta gigantesca nos parecieron de un aspecto imponente. No hicimos allí mas que una corta parada; recorrimos varias plazas llenas de gentes del pueblo, y limitadas por albergues habitados por hermosísimas jóvenes. Despues de haber atravesado la ciudad de Daimio y dejado muy atrás los muros de su palacio, el mayor que hemos visto en nuestra vida, nos detuvimos á orillas de un lago; tomamos una falúa y nos hicimos conducir á Mia, gran ciudad situada á la otra parte. Durante la travesía, un nuevo y terrible huracan estalló sobre nosotros. Hubo que pasar la noche en la ciudad donde desembarcamos y al día siguiente nos pusimos en marcha.

No tardamos mucho en llegar á una ciudad muy pintoresca, ornamentada de aparatos curiosos que servian para indicar los cuatro puntos cardinales. Su objeto no era el dar á conocer la dirección del viento, sino el de prevenir á los supersticiosos chinos á fin de que no volviesen la cabeza hácia el Norte, lo cual era considerado entre ellos como funesto.

Muchas dificultades y aun muy grandes trabajos, nos aguardaban en esta ciudad, una de las mas singulares del Japon, y en la que la policia es mas numerosa. La falta de tiempo y de espacio no nos permite decir de la manera que fuimos acogidos en ella, y cómo logramos escaparnos.

(Se continuará.)

Luis Escobero.

LAS TRES MANZANAS DE ORO.

POR NATANIEL HAWTHORNE.

(Continuación.)

—Pues aquí, dijo entonces una de las zagalas, cualquier campesino hace otro tanto.

—Ya lo creo, replicó; pero será tratándose de una calleriza como son generalmente; no como aquella, donde había tantísima basura que si no se me ocurre la idea de encauzar un río y dirigirlo a la puerta, tengo trabajo para toda la vida, y no que así la dejé como la palma de la mano en un abrir y cerrar los ojos.

Y como veía que aquellas señoritas le escuchaban con el mas vivo interés, les añadió de seguida que tambien habia cazado muchos pájaros monstruosos, cojido vivo á un toro muy bravo, á quien despues dió libertad, domado muchísimos caballos, y vencido á Hipólito, la belicosa reina de las Amazonas, quitándole su cinturón encantado para regalárselo á la hija del rey su primo.

—¿Seria ese, por ventura, el ceñidor de Venus, que pone tan bonitas á las mugeres? preguntó llena de curiosidad la mas linda de todas.

—Cál Primeró sirvió de cinturón á Marte, y la única virtud que tiene es la de convertir en valiente y atrevido al que lo usa.

—Entonces será como los que usa la tropa! dijo la curiosa, haciendo con su boquita un molin remonísimo. No me lo pondría yo por cierto.

—Ya lo creo, concluyó el interpelado con mucha formalidad.

Reanudando el hilo de su maravillosa historia, les dijo que una de las mas estrañas aventuras que le habian sucedido fué la descomunal batalla que tuvo con Gerion, el hombre de las seis piernas. Era este señor la figura mas ridícula y al mismo tiempo mas horrible que se puede imaginar. Al ver las huellas que iba dejando en la arena ó la nieve, cualquiera hubiese dicho que por allí habian pasado tres amigos del brazo; y cuando se oian sus pisadas parecia como si se acercase un tropel de gente, y el que llegaba era Gerion.

—Seis piernas y un cuerpo, ¡vaya una facha! ¡y que no gastaria pares de zapatos el angelito!

Cuando el viajero hubo terminado la relación de sus aventuras, pasó la vista por su auditorio.

—Tal vez, dijo modestamente, habréis oido hablar de mi antes de ahora. Yo soy Hércules!

—Nos lo daba el corazon, porque esas prodigiosas hazañas todo el mundo las conoce, y ya no estrañamos lo del viaje á las Hespérides.

Una voz gritó: coronemos al héroe! y en menos tiempo que se dice le pusieron la cabeza y las espaldas hechas un jardín, y hasta la maza, la corpulenta y pesada maza, se la vistieron de flores que daba gloria verla. Y por último, se cogieron de las manos, formando círculo á su alrededor y se dieron una de bailar y cantar, que ya caerian rendidas en la cama por la noche.

El muy cuco se dejaba querer, y se le llenaba la boca de agua, como á cualquiera otro héroe en un caso igual, al ver el buen efecto que habia causado en sus oyentes la relación de sus glorias y fatigas; pero como buen ambicioso, al fin, no estaba satisfecho. Tampoco, (y esto le hace mucho favor) creia que sus aventuras eran dignas de tantos

honores, cuando le quedaban tantísimas cosas que hacer de difícil y peligrosa ejecución.

Así fué que, no bien se detuvieron un instante para tomar aliento, les dijo: Amables niñas, ya que saben mi nombre, ¿tendrán inconveniente en indicarme el camino mas corto para llegar, cuanto antes, al jardín de las Hespérides?

—¿Por qué irse tan pronto? exclamaron todas. Tú, que has hecho tantas maravillas, y traído una vida tan agitada, ¿no puedes resolvete á tomar un poco de reposo á orillas de este río?

Hércules movió la cabeza.

—Es preciso que parta en seguida, dijo.

—Te daremos en ese caso las mejores señas posibles. Mira, vé á la orilla del mar, busca al viejo, y obligalo á que te diga dónde están las manzanas.

—El viejo! repitió Hércules, riéndose de un nombre tan raro. Y quién es ese viejo?

—Vaya! quién ha de ser sino el viejo de la mar, respondió una de las zagalas. Ese tiene cincuenta hijas, que algunas personas dicen ser muy guapas; pero nosotras no las tratamos porque tienen el cabello de color verde mar y el cuerpo de pez. Es preciso que hables con ese viejo; él ha viajado mucho, y conoce perfectamente el jardín de las Hespérides, porque está situado en una isla que visita muy á menudo.

Hércules preguntó entonces el punto de la orilla en que podria dar con él, y cuando se lo hubieron dicho les dió gracias por todo y se puso en marcha.

Pero, antes de que estuviese fuera del alcance de la voz, una de las muchachas lo llamó. ¡Cuidado con el viejo! gritó sonriéndose; y levantando el dedo para que su advertencia hiciese mas impresion, añadió: No estrañes nada de cuanto suceda; no lo sueltes, haga lo que haga, y él te dirá lo que deseas!

Dióla Hércules de nuevo las gracias, y prosiguió su camino, en tanto que las zagalas volvian á tejer guirnaldas, y hablaban del héroe, todavía, á las dos horas de haberse ido.

Mientras, Hércules avanzaba constantemente por montes, valles y bosques desiertos. De cuando en cuando daba un revés de su maza sobre una encina y la hacia pedazos, porque tenia la imaginacion tan penetrada de los monstruos que pensaba estar obligado á combatir, que hasta los dedos le parecian huéspedes. Además, era tan grande su deseo de dar fin y remate á la empresa de las manzanas de oro que casi le pesaba ya el tiempo que habia pasado con las zagalas, contando sus aventuras. Pero esto es lo propio de las personas destinadas á llevar á cabo grandes cosas: lo hecho les parece poco mas de nada, y lo por hacer digno de fatigas y peligros de todo género.

Caminando siempre, y no deteniéndose nunca, ni para volver la cara atrás, llegó, al fin, á oir el rugido de la mar. Apretó entonces el paso, y divisó una playa muy combatida de las olas que castigaban sus endurecidas arenas en una estension inmensa. El golpe de vista era terrible; sin embargo, en uno de los extremos de la playa habia un sitio muy agradable, en el que crecian frondosos y verdes arbustos, y un tapiz de musgo, que perfumaba el ambiente, le servia de alfombra. En aquel sitio, durmiendo á pierna suelta, descubrió nuestro héroe á un viejo.

—¿Seria este, real y verdaderamente, el viejo?

(Se continuará).

M. J. B.

CAJA DE AHORROS
DE EL MADRILEÑO.

ENFERMOS SOCORRIDOS POR EL MADRILEÑO.

PRIMERA SEMANA DE JULIO DE 1865.

Núm. 1.º Certificación expedida por el licenciado en medicina y cirugía D. Juan José Panll, en la villa de Arjona (provincia de Jaen) á favor del suscriptor D. José Herrera, presbítero.

Calentura catarral complicada con una inflamacion en el vido.

Dias de enfermedad.—1.º de Julio al 9 inclusive, á 8 rs. 64
Convalecencia—10 de id. al 14 id. á 4 rs. 20

Núm. 2. Certificación expedida por el licenciado en medicina y cirugía D. José María Mateos, en Alcalá de Guadaíra (provincia de Sevilla) á favor del suscriptor D. Antonio Olivéiro y Torres, vecino de la misma.

Afeccion reumática muscular en la parte superior derecha y algo esterna del pecho.

Dias de enfermedad.—10 de Julio: no hay aviso de haber entrado en convalecencia, y se da orden al corresponsal que vaya suministrando los 8 rs. diarios hasta los quince primeros dias, segun el Reglamento. 120

Núm. 3. Certificación expedida por el médico-cirujano titular de la villa el Saucejo D. Antonio Rodriguez Osuna, á favor de D. Ramon Blanco Diaz, sargento segundo de la Guardia civil, y comandante del puesto de aquella villa.

Ictericia causada por una obstruccion de los conductos biliares, produciendo el derrame de este liquido.

Dias de enfermedad.—1.º de Julio al 15, á 8 rs. 120
Convalecencia—Ocho dias, á 4 rs. 32

Núm. 4. Certificación expedida por el licenciado médico titular de la ciudad de Purchena, á favor de D. Pedro Rubio Cano, profesor de cirugía de dicha ciudad.

Calentura gástrica neuronónica.

Dias de enfermedad.—Empezó el 25 de Julio, y se da orden al corresponsal para que le dé los socorros, segun está prevenido por el Reglamento. (Continuará.)

Nota.—Como en el reglamento no se fijan los dias de convalecencia, la Empresa, en vista de los resultados, fija ocho dias para el socorro á que tienen derecho.

TRASLACION.

El acreditado profesor en medicina y cirugía Dr. D. José Sist, que por muchos años ha vivido en la casa núm. 6 de la calle del Barco, se acaba de trasladar al núm. 24, cuarto bajo de la misma calle.

CUADRO

genealógico-cronológico-histórico
DE JESUCRISTO.

POR EL DR. D. RAMON OROZCO.

Este bellissimo cuadro es de cinco cuartas de largo por mas de media vara de ancho: en él está esplicada toda la vida de Jesucristo Señor nuestro. Se vende en la imprenta de este periódico al precio de 10 rs., y remitido al de 14 rs. cada ejemplar.

CUADRO SINOPTICO

De la competencia y principales procedimientos del Tribunal Supremo de Justicia, por D. José Rivera y Vazquez, abogado del Ilustre Colegio de Madrid. Tiene mas de una vara de largo por tres cuartas de ancho, á 8 rs. en Madrid y 12 remitido á provincias.—Se vende en la imprenta de El Madrileño.

Despedida del general O'Donnell de S. M. la Reina para la guerra de Africa en 7 de noviembre de 1859.—Una lámina en pliego.—Su precio 8 rs. en Madrid y 10 en provincias.—Está de venta en la imprenta de este periódico.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN ESTE ESTABLECIMIENTO, Y SE REMITEN AL QUE LAS PIDA.

LA COSMOGONIA DE MOISÉS, comparada con los hechos geológicos, por Mr. Marcel de Serres, y traducida y dedicada al clero, tres tomos.	50 rs.
REPUTACION DE ALGUNOS ERRORES SOBRE EL PONTIFICADO, por Luis Veuillot, traducido por Vildosola.	8
PLÁTICAS acerca de las principales doctrinas prácticas de la iglesia católica, por el cardenal Wiseman.	40
EL ORADOR SACRADO. Meditaciones para el mes de mayo y varios sermones: un tomo.	10
CARTILLA MÉTRICO-DECIMAL, por Gordillo, con tablas de reduccion.	12

COMPANIA DE LOTERIA.

En el sorteo último, verificado el 50 de Julio próximo pasado, no ha salido ningun número premiado, de los diez que llevaba jugados la compañía.

El sorteo de los regalos del pasado mes, se verificará el 18 de agosto.

Los recibos y periódicos para los que tienen derecho á ellos se les enviarán con la debida anticipacion, conocido el sorteo del 18 de agosto, para el mes de setiembre próximo.

PERMUTA.

Un administrador principal de loterias de esta corte, cuyo establecimiento está situado en uno de los puntos mas céntricos, y que sale por mas de 20.000 reales anuales de sueldo, desea permutar con un tesorero ó contador de provincia, que disfrute al menos 16.000 reales, ó con un visitador de consumos ó guarda-almacen de efectos estancados en una de las provincias de primera clase.

En la imprenta de este periódico, Caballero de Gracia núm. 15, se darán cuantos pormenores se pidan sobre e, particular.

SUSCRICION EN MADRID.

Por un mes 8 reales.
Por tres meses 20 id.

EN PROVINCIAS.

Tres meses 26 reales.
Seis idem. 50 id.

EN EL ESTRANJERO Y ULTRAMAR.

Por un año. 120 reales.

(Franco de porte.)

Colocacion en el Banco de Economías de un real por mes de suscripcion, para atender á las enfermedades de los suscritores.

La correspondencia se dirigirá al propietario del periódico, D. José Morales y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15.

Propietario y editor responsable,
D. JOSE MORALES Y RODRIGUEZ.

MADRID, 1865.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.